

de los musulmanes. Pero en la historia de las naciones, ¿qué nación tuvo siempre bastante respeto hacia el suelo y la libertad ajena para tener ahora el derecho de tirar la primera piedra á los descendientes de los antiguos conquistadores? ¿No habrá llegado aún el tiempo de vivir todos en paz los unos junto á los otros sobre esta buena Tierra, tan amplia que podría recibir sin pena una población diez veces mayor y darle en abundancia el pan y el bienestar? Hagamos constar, no obstante, que existen elementos de concordia, procedentes de los revolucionarios turcos, búlgaros, macedonios y armenios que se han entendido en Ginebra, en París ó en otros puntos.

De todos los Orientales, los Griegos son los más aproximados á este ideal de la federación futura, y esto porque su existencia como nación no está materialmente unida á la del pequeño reino helénico, que comprende oficialmente, según los tratados, una parte de la península del Pindo, la Morea, las islas Jónicas y las islas Egeas de Europa. Grecia es más que esto, porque fuera del reino hay regiones griegas cuyos habitantes, poseídos de un ardiente patriotismo de raza y de lengua, no consentirían en cambiar su suerte por la de los electores de Atenas ó de Patras: indudablemente se les considera como formando parte del conjunto de los súbditos del Gran Señor; á veces hasta han de sufrir vejaciones de parte de funcionarios rudos ó de diplomáticos odiosos, pero esas molestias son el precio con que pagan su autonomía positiva en la libre administración de sus escuelas y otros establecimientos, lo mismo que en la gerencia de sus intereses comunes: de ese modo constituyen la célula de espera de un cuerpo político y social mucho más amplio y de más alta significación que el pequeño Estado encerrado en las fronteras del Epiro y de la Tesalia.

Quizá tengan una conciencia exagerada de su fuerza colectiva, y, como todos los patriotas, se atribuyan en el porvenir mayor parte que la que les corresponda. El hecho es que han sido amargamente sorprendidos cuando se han apercibido que en el movimiento de desintegración sufrido por la Turquía contemporánea, pueblos tenidos por ellos en escasa estimación y considerados como bárbaros, sin derechos, se han levantado enfrente de ellos reclamando la igualdad en el reparto ó la federación. Todavía necesitan tiempo

para habituarse á la idea de que Turcos y Búlgaros no se someterán á su hegemonía.

El período de expansión parece terminado para el mundo helénico. Actualmente la gran tarea es un trabajo de elaboración interna que eleva y renueva el conjunto de la nación y le permite, no ciertamente igualar á sus abuelos — porque Grecia brillaba entonces como llama aislada en medio de las tinieblas —, sino no ser



EL PUERTO DE GÉNOVA

Cl. J. Kuhn, edit.

inferior á ninguna de las naciones cultas en las diversas manifestaciones de la vida, no sólo el comercio y la industria, sino también las artes y el pensamiento. Hay todavía ciertas partes de Grecia cuyas poblaciones sólo á medias parecen desprendidas de la barbarie supersticiosa de la Edad Media turca ó veneciana. La áspera Etolia, los montes salvajes del Taigeto son todavía comarcas de miseria y de ignorancia; muchas islas que en otro tiempo fueron cultivadas por poblaciones prósperas, no son hoy sino rocas cuyos míseros habitantes emigran hacia lugares más dichosos. El monopolio mata hasta pasados los siglos: así es como la mayor parte de los insulares griegos del Egeo no practican la pesca ni la navegación, á pesar de la excelencia de sus radas y de sus abrigados

ancones, á pesar de sus brisas alternadas; el recuerdo confuso de la gloria pasada no despierta su iniciativa. La causa está, dice Philippson ¹, en la antigua dominación de Venecia, que prohibía todo tráfico no reglamentado por ella en su exclusivo beneficio.

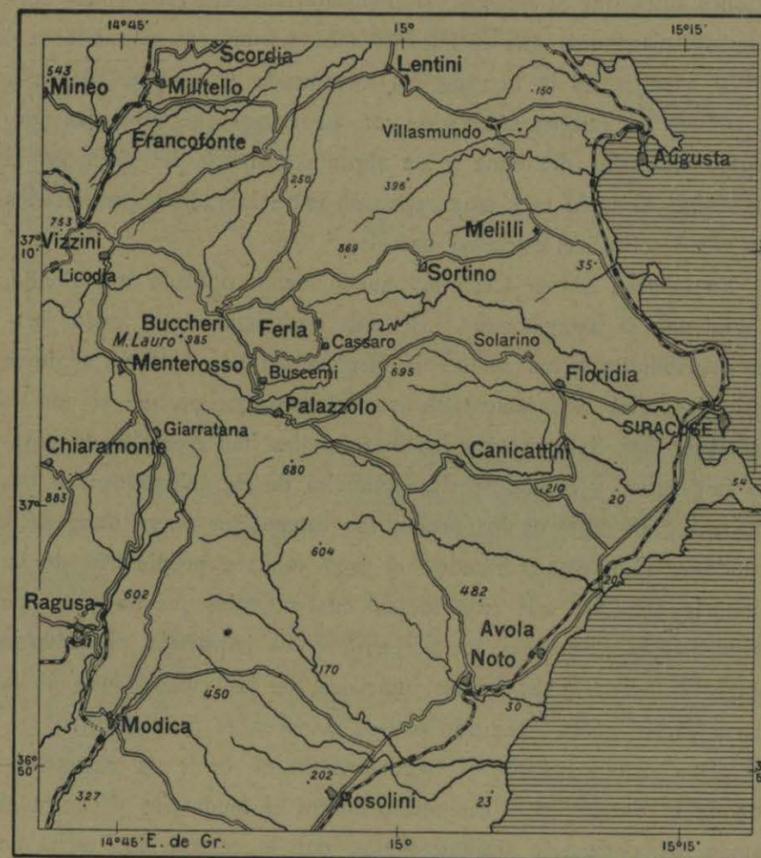
Lo mismo que Grecia, Italia es muy desigual por el desenvolvimiento de sus diversas partes. El contraste es tan grande entre la mitad septentrional de la Península y la mitad meridional, que ha podido ser considerado por muchos Italianos como la oposición normal de dos naciones encerradas en un mismo cuadro geográfico, pero quedando moralmente extranjeras la una á la otra. El hecho es que la mayor parte de los Napolitanos y de los Sicilianos se inclinan á creerse pueblos vencidos reunidos por la fuerza á los «Piamonteses» ó «Continental». Desde todos los puntos de vista difiere la evolución: mientras que en el Norte, Milán, Turín, Génova, participan del movimiento intenso de la vida europea y Florencia vuelve á la vida de arte y de belleza que tuvo en la época del Renacimiento, Nápoles está en vía de dejarse distanciar y de perder hasta la primacía puramente material que le daba el número de sus habitantes; en cuanto al territorio de las provincias montuosas que dependen de aquella ciudad, sigue cojeando á la Italia del Norte. El meridional permanece inferior en todos conceptos, exceptuando las cualidades nativas de bondad, de rectitud y de cándida cordialidad. La industria se introduce en el país sin haber sido llamada y á pesar suyo; los comisionados que le envía el gobierno para dirigirle, dominarle y morigerarle son hombres venidos del Norte, y suele considerarse á tales funcionarios como intrusos y parásitos. El mismo Garibaldi no profirió la palabra decisiva que hubiera podido hacer que surgiera nuevamente la Gran Grecia de su largo sueño.

A pesar de los beneficios sucesivos de la «civilización», los Sicilianos, bajo ciertos conceptos, se hallan en un estado social muy inferior á sus antepasados los Sículos, como lo demuestra el estado de los campos. Actualmente los labradores y otras gentes de la tierra trabajan los grandes feudos de los ricos propietarios

¹ Petermann's Mitteilungen, Ergänzungsheft.

siempre ausentes que habitan las ciudades, hasta cuando han de andar diariamente una ó dos leguas para ir á cultivar su campo: no hay más que grandes aglomeraciones urbanas en Sicilia, porque los

N.º 495. Municipios de Sicilia.



1 : 500 000

0 10 20 30 Kil.

Este mapa contiene absolutamente todas las aglomeraciones de casas que se hallan en el mapa del Estado Mayor italiano, cuya escala es de 1 á 100,000. Y sin embargo, esta porción de Sicilia tiene una densidad kilométrica muy elevada, cerca de 130, ó sea más del doble que la de Francia.

campos están desiertos por la noche. La causa de esta enorme pérdida de fuerzas es la inseguridad del país, que no ha cesado desde el período de las guerras cartaginesas: en todos tiempos fué peligroso habitar en el campo, bajo los Romanos, durante las guerras

serviles, después, cuando las incursiones de los Sarracenos, y actualmente por el bandolerismo. En tiempo de los Sículos, por el contrario, las villas se extendían alegremente entre los cultivos, y los habitantes no pensaban en construir muros de defensa. Setenta generaciones antes que la nuestra, la población siciliana estaba más normalmente distribuida que en nuestros días, porque era más dichosa¹.

El aspecto de la campiña no ha tomado el carácter alegre y variado de los campos cultivados con amor, más que sobre las pendientes orientales del Etna y en algunos distritos del norte de la isla, donde el suelo está muy repartido entre labradores propietarios que viven sobre sus estrechas parcelas².

En la gran isla de Cerdeña, mucho menos poblada que Sicilia, la situación es todavía peor. Dividida antiguamente en vastos feudos distribuidos á los nobles de España, ha heredado un régimen territorial quizá más lamentable que el antiguo, porque si con el feudalismo han desaparecido los diezmos, les han reemplazado pesados impuestos, y la impotencia económica de los cultivadores es tal, que una gran parte de los proletarios campesinos se ve obligada á abandonar el suelo al Estado: el fisco se hace propietario de un territorio cada vez más extenso, del cual no sabe qué hacer y que queda baldío. En 1900, los perceptores de impuestos procedieron así en Cerdeña á 3,887 ventas judiciales, de las cuales cerca de la cuarta parte — 856 — era por atrasos menores de 5 francos³.

¿Qué extraño es que el bandolerismo, es decir, la reivindicación de la tierra por el campesino contra el feudatario y contra el Estado, haya existido durante siglos, con la complicidad tácita de todas las poblaciones de la campiña? No hubo jamás bandolerismo en Toscana, porque los labradores comían el trigo de sus campos y la fruta de sus vergeles; no lo hubo tampoco en la inmensa llanura lombardo-veneta, porque la naturaleza del país, cruzada de caminos en todos sentidos, facilitaba la represión; pero en toda la parte meridional de Italia y en las dos grandes islas Sicilia y Cerdeña, donde las montañas ofrecían antes retiros seguros á los perseguidos,

¹ Georges Perrot, *Revue des Deux Mondes*, 1.º Junio 1897, p. 627.

² Paul Ghio, *Notes sur l'Italie contemporaine*, p. 86.

³ Paul Ghio, *Ibid.*, p. 95.

los bandidos han solido constituir verdaderos Estados en las fronteras flotantes. Paul Ghio nos habla de un jefe de banda que poseía la montaña de las Marcas y se calificaba de «grandísimo dueño y poderosísimo príncipe»; acuñaba moneda con su propia efigie, y si hubiera

N.º 496. Italia, Malta, Túnez.



1 : 5 000 000

0 100 200 300 Kil.

Malta, por cuenta de Inglaterra, Bizerta, por cuenta de Francia, vigilan el istmo mediterráneo. Italia tiene una estación de torpederos en Mesina.

recibido la investidura del papa, nada le hubiera impedido entrar en la asamblea de los altos personajes oficiales. Un Pedro de Calabria, fuera de la ley en el siglo anterior, se proclamó «emperador de los montes, rey de los bosques y mediador de los caminos de Nápoles á Florencia».

Las condiciones económicas eran muy diferentes en las dos mitades de la península; el movimiento de emigración, que ha tomado una importancia capital en la vida de Italia, presenta un contraste notable según el lugar de origen de los emigrantes. Las gentes del Norte, obreros que disponen no sólo de sus brazos sino de una instrucción relativa, emigran sobre todo temporalmente: como albañiles, constructores de caminos y mecánicos, los «Piamontes» cuentan seguramente siempre con un buen salario, y emigran así en virtud de la ley de «capilaridad social», yendo á Francia, Suiza, Alemania y otras partes de Europa, á veces hasta las canteras de Asia, donde han perforado por cuenta de Rusia el túnel del Gran Khingan sobre el Transiberiano; gracias á la especialidad de su trabajo, á su destreza, á su actividad y á su vida sobria, reúnen un pequeño peculio y vuelven después á su patria. En cuanto á los expatriados de la árida Liguria, de las Marcas, de los Abruzzos, de los Pouilles, de las montuosas Calabrias, de la pobre Basilicata y de la hambrienta Sicilia, emigran de una manera permanente sin esperanza de regreso. Ellos son los que suministran el más grueso contingente á los 200,000 Italianos que desde el año 1903 atraviesan anualmente el Atlántico Norte¹, y quienes por el aumento de su población han hecho de Marsella la segunda ciudad de Francia, quienes han monopolizado la navegación fluvial sobre el Paraná y el estuario Platense, estando además en vías de italianizar la Tunicia.

Italia, todavía tan pobre en algunas de sus provincias, ha sufrido mucho, como Francia, por sus pasiones coloniales y por el desplazamiento de fuerzas que ha sido su consecuencia. Esa combinación, que tuvo por realidad el desastre sufrido sobre la meseta de Etiopía en 1895, había tenido un objeto diferente. La conquista de Túnez era muy deseada por los políticos de la península: la tradicional gloria popular hubiera quedado satisfecha si hubiera continuado la política de la gran Roma contra Cartago, y la empresa no presentaba peligro; pero las potencias de Europa no dieron, según parece, su consentimiento: sobre todo la Gran Bretaña, que posee el arsenal

¹ Véanse Diagramas números 456 y 457, páginas 213 y 215.

de Malta en el centro del Mediterráneo, veía con malos ojos la extensión de Italia «una» á los dos lados del mar Interior. Bajo la inspiración de Bismarck, que embrollaba así Francia é Italia para mucho tiempo, la ocasión fué aprovechada por otro ladrón, y en la actualidad Italia hace casi abiertamente sus preparativos para la anexión de la Tripolitana y de la Cirenaica: ya no es más que cuestión de oportunidad, toda vez que el sindicato de los banqueros y de los reyes ha dado su aprobación diplomática. Se habla también de proyectos que, cuando llegue la desmembración del Imperio turco, darán la Albania á la potencia que tiene enfrente al otro lado del Adriático.

Sea lo que fuere de las anexiones futuras, Italia tiene siempre que resolver el más grave de los problemas en sus propios límites. Obedece á dos amos, y, por consiguiente, se halla dividida contra sí misma: su propia capital cobija dos soberanos, forzosamente enemigos, puesto representan dos principios opuestos, uno de origen celeste, el otro de delegación nacional. El papa, si no es Dios, es á lo menos su vicario, su embajador directo, encargado de dictar al mundo entero de los fieles y de los infieles las infalibles voluntades de lo alto, á pesar de no ser más que un pequeño príncipe, de territorio de tal modo circunscrito en todos sentidos, que una bala de cañón pasaría fácilmente por encima, en tanto que el rey de Italia, sencillamente hombre y un poco maldito, es un gran personaje, el «buen hermano» de los más poderosos emperadores. ¿Cómo conciliar esos elementos inconciliables, sino por continuas escapatorias y subterfugios, por un armazón de mentiras que no engañan á nadie? Y los patriotas italianos, que han encerrado al papa en un estrecho barrio de Roma, están muy orgullosos á la consideración de que de todas las partes del mundo católico se elevan los votos en un coro inmenso hacia el «Soberano Pontífice». Él mismo es también un Italiano, y los que sienten la pérdida de la antigua dominación romana se complacen en ver en él como un reflejo en el círculo inmenso de la Iglesia. Los conflictos, son, pues, inevitables, puesto que la tensión de los espíritus se produce en sentido inverso, suscitando odios y rencores. Las luchas entre Güelfos y Gibelinos continúan bajo otras formas, y, mientras las na-

ciones estén encerradas en sus fronteras y envueltas en sus viejas tradiciones políticas, el mismo balanceo que en las épocas de la Edad Media y del Renacimiento arrastrará ahora á Italia, unas veces hacia su vecina del Norte, Alemania, otras hacia cualquier otro gran Estado.

Los dos reinos que se reparten desigualmente la península Ibérica, España y Portugal, se han conservado separados y hostiles, encerrándose cada uno en su patriotismo local y en la rutina administrativa. La consecuencia natural ha sido hacer de Portugal una cantidad no apreciable, que apenas tiene una apariencia de independencia política. Demasiado débil para no tener necesidad de apoyos extranjeros en la cuestión de orden internacional; demasiado dividido, hasta en concepto geográfico, por el contraste que presentan las dos mitades del país separadas por el estuario del Tajo; demasiado ignorante y desprovisto de valor propio en la masa de su población; por último, demasiado privado de sus elementos enérgicos por la constante emigración que lleva sus mejores hijos hacia las costas brasileñas, Portugal carece de fuerza para reaccionar contra los intereses de familia, de poder y de dinero que atraen sus amos á la órbita de las potencias extranjeras, ó más bien en la de la Gran Bretaña, reina de los mercados portugueses por el símbolo de su moneda, tan acertadamente denominada el «soberano». Á pesar de la humillación que los Ingleses le hicieron sufrir en 1885, cuando, pasando del valle del Limpopo á las orillas del lago Nyassa, se apoderaron de la cuenca media del Zambeze, tradicionalmente considerada hasta entonces como posesión portuguesa, la sujeción política del pequeño reino á la política inglesa se ha hecho tan patente, que hasta las colonias africanas de Loanda y de Mozambique, sin hablar de Lourenço Marquez, están ya subordinadas á las exigencias administrativas y fiscales de Inglaterra.

Quizá se halle España en vías de sufrir una humillación semejante. Tan unida á los puertos británicos por los caminos del Océano como lo está á Francia, y no teniendo con ésta más que dos vías férreas de unión directa, la península es en gran parte vasalla del capital inglés, que comandita en ella gran número de minas, ferro-

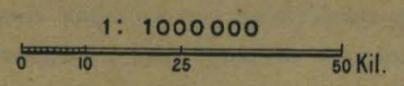
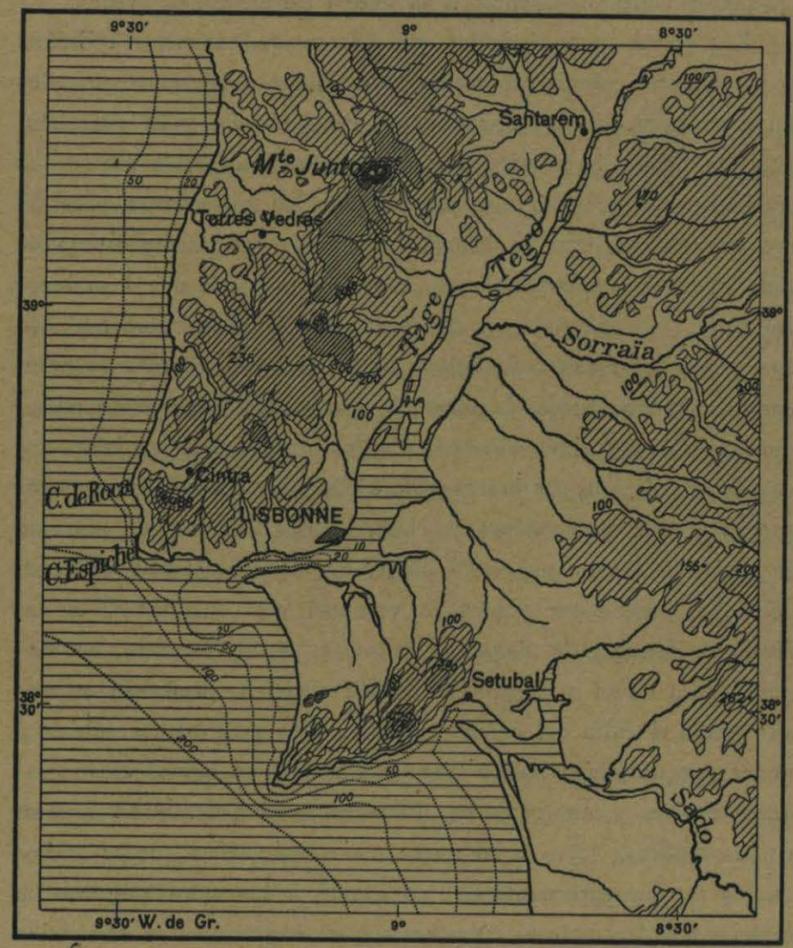


TOLEDO Y EL TAJO

Cl. J. Kuhn, edit.

carriles, manufacturas y otras empresas. Hasta el ultraje indeleble hecho á España como nación por la ocupación militar de Gibraltar contribuye, de tal modo son débiles los hombres, á aumentar el

N.º 497. Lisboa y el Tajo.



prestigio de Inglaterra; ese dardo clavado en la carne viva produce la enfermedad de todo el cuerpo. Ese solo punto, apenas perceptible sobre el conjunto del mapa, basta para determinar toda la política del Estado. España ni siquiera osa defenderse: la posición de Algeciras domina la de la ciudadela inglesa sobre el golfo, y la

Gran Bretaña ha significado á los Españoles que consideraría como acto «poco amistoso» la construcción de toda obra militar sobre la punta que hace frente á sus propias fortificaciones, y España se ha visto obligada á interrumpir sus trabajos defensivos, mientras los ingenieros ingleses aumentan á su antojo los medios de ataque.

Los graves acontecimientos que privaron recientemente á España de su imperio colonial, á excepción de algunos presidios africanos sin gran valor, de las Canarias, de Fernando Po y de Annobon, hubieran debido hacer comprender á los directores de la nación que era indispensable seguir vías nuevas; pero los gobernantes, encerrados en sus prácticas tradicionales y en el consiguiente estado de alma, ¿pueden aceptar otras advertencias que las de una brutal revolución? No sólo no han destruido un solo abuso, sino que han aumentado su número. La Iglesia ha reclamado privilegios y garantías; el ejército, nuevos honores; la marina, un aumento de presupuesto. En tan grave circunstancia, en que estaban en juego los destinos de España, los hombres de «Estado» no veían en su mayor parte más que sus intereses de clase. Todos los que por ambición se habían declarado capaces de dirigir los asuntos del país, hubieran debido al menos dar prueba de voluntad, de consecuencia en las ideas, de fuerza y de alegría en la acción, y, al contrario, en ninguna época de su existencia la España oficial ha profesado en más alto grado el culto del énfasis oratorio. Los gobernantes subían al poder porque sabían hablar bien: habían sido escogidos como oradores amplios y sonoros en sus discursos, hábiles, flexibles y prontos en sus réplicas. No se les pedía tener razón, sino quedar encima en los torneos parlamentarios; en cuanto á los actos políticos, al carácter y á la conducta, eran cosas que, escapando á la admiración de los tontos, se consideraban por eso mismo como secundarias. El Congreso español, que es entre todos los Parlamentos de Europa, «elegido» según las prácticas administrativas más desvergonzadas, era también el en que se oían los más bellos discursos. Los desastres se sucedieron uno tras otro, pero ¡qué fuertes palabras se pronunciaron para dramatizar esas desgracias ó para transformarlas en otros tantos triunfos! Con ellas pudiera escribirse una antología, comparable á los más bellos modelos de la antigüedad clásica.

Si España ha pagado así los gastos de su derrota con admirables prosopopeyas, no está menos obligada, como los demás pueblos, á acomodarse á la vida contemporánea. Á medida que las cuestiones nacionales cesan de ser exóticas, exteriores, para tocar á los intereses de provincia ó de clase, el arte de decir con sonoridad disminuye de importancia: hay necesidad en lo sucesivo de ocuparse de hechos, de cifras, de elementos precisos. Una evolución análoga á la que se realizó en todos los demás países se produjo en la península. Aunque el socialismo no ha abolido aún el floreo de la frase — de lo que todavía está lejos, — no obstante, ha simplificado algo el lenguaje de la tribuna, y los artistas en bellas palabras se han visto obligados á poner sordina á su voz para no desagradar á su público de trabajadores. La vida nacional se vuelve más sería y el lenguaje ha de conformarse por una sobriedad mayor á esa participación cada vez más intensa al estudio de los problemas contemporáneos. Como dice exactamente un escritor moderno: «No hay razón de acusar de degenerado al pueblo español; aun no está constituido, puede decirse que no existe»¹. Su formación normal fué sofocada en germen por Fernando de Aragón, Carlos V, Felipe II...; pero España y Portugal nacen á la vida: los dueños se ven obligados, bien á pesar suyo, á contar con una opinión pública.

Francia, como España, ha sido muy menoscabada y disminuída políticamente: ya no le es posible soñar, como lo hizo varias veces en su historia, en conservar ó reconquistar el primer rango entre las naciones; ha de contentarse con ser una unidad en el «concerto» de las ocho «grandes potencias», con clasificar su ejército en la tercera categoría y su flota de guerra en la tercera ó cuarta, mientras que por su población, su comercio y su industria queda más atrás en la lista de preeminencia. Impotente para hacer prevalecer su voluntad en los consejos de Europa, ha tratado de indemnizarse por anexiones de territorios ultramarinos: despues de la Gran Bretaña, es la nación que más ha sufrido esa enfermedad contagiosa

R. Mella, *Crise d'une nationalité*, «Humanité Nouvelle», Julio 1900, p. 97.

á que Novicov ha dado el nombre de «kilometritis»¹. La extensión del imperio colonial que, según los mapas, se supone pertenece á Francia, excede con mucho en superficie al espacio que la metrópoli ocupa en Europa. La consecuencia inevitable de todas esas anexiones consiste en debilitar el país, si no colonizador, al menos conquistador: esa vegetación frondosa de ramas adventicias ha de agotar la savia del tronco principal. Bastaría que la potencia se comprometiera en empresas vitales de ataque ó de defensa con el resto de Europa para que le fuese imposible ocuparse de las comarcas situadas completamente fuera de su órbita de atracción. ¿No es eso, por lo demás, lo que sucedió durante las guerras de la Revolución y del Imperio? La mayor parte de las posesiones francesas de ultramar dejaron de pertenecerle porque ningún interés tenían las poblaciones indígenas en defenderse contra el menor ataque de los barcos ingleses que «mandaban á las olas». Durante la misma guerra de 1870, hubo territorios de los oficialmente designados «colonias francesas» que fueron completamente evacuados, sin que un enemigo se tomara la molestia de atacarlos. Evidentemente todos esos países alejados de la comarca de donde proceden los invasores permanecen como adquisiciones precarias, puesto que los conquistadores no han arraigado y sólo están allí como explotadores odiados ó como visitantes temidos. La proporción de los naturales de Francia que residen en los territorios llamados coloniales, situados fuera de la Mauritania, y que no tienen por habitantes más que indígenas con ó sin derecho de voto, es infinitesimal, por decirlo así. En todas las colonias africanas, asiáticas ú oceánicas, exceptuando la Reunión y la Nueva Caledonia, apenas se cuentan 25,000 Europeos civiles, de los cuales á lo sumo 20,000 son Franceses, y 36,000 soldados venidos de la Metrópoli. Las posesiones de la Indo-China, que tienen ciertamente gran importancia económica y que no pueden menos de aumentar constantemente su valor, deben sus progresos materiales mucho menos á sus propietarios y administradores franceses que á los mercaderes europeos de otro origen, á los inmigrantes chinos y principalmente á los mismos indígenas,

¹ *Conscience et volonté*, p. 277 y siguientes.

que son hombres de trabajo y de inteligencia. En cuanto á las Antillas francesas, la Martinica y la Guadalupe, los hijos de los antiguos esclavos, todavía negros ó mulatos por su origen africano, han llegado, no obstante, á ser franceses por la lengua, la educación, el sufragio y la conciencia nacional; mas por el comercio han entrado ya, á pesar de las tarifas diferenciales, en el círculo de atracción de los Estados Unidos.



VISTA GENERAL DE BARCELONA

Cl. Ant. Thomas.

A pesar del número y de la extensión de sus posesiones coloniales, en las que los patriotas franceses fingen hallar la fuerza, y que en realidad son una causa de debilidad, Francia comprende la inseguridad de su posición entre dos Estados mucho más poderosos que ella, el uno por su dinero y sus flotas, la Gran Bretaña; el otro por su población y su ejército, el imperio germánico; y se ha visto también obligada á buscar una alianza, aun á riesgo de atropellar lo que antes respetaba con el nombre de los principios republicanos. Los diplomáticos se han esforzado por armonizar las notas de la Marsellesa con las del Himno del Czar, y el noble ideal que inspiraba á los hombres de la Convención ha sido olvidado por sus descendientes. Sin embargo, á los regocijos oficiales y populares ocasionados por esta alianza, se han unido sentimientos muy diferentes: al lado de los aduladores que se sienten dichosos reconociéndose como